



MARCELA



MARCELA

I

El grato divagar de la mirada
que vuela en todo sin fijarse en nada,
me lleva en plena tarde campesina
llena de aromas de tomillo y heno
mezclados con esencias de resina,
que gozo á pulmón lleno
más que sentado en actitud supina,
me lleva, digo, con cis-zás alado,
del río al oleaje del centeno;
luego otra vez al río,
que, á modo de cristal mal azogado,
refleja como puede á un caserío;
luego á un ciprés muy viejo, que dormita
hace un siglo á la vera de una ermita;
y de una mancha gris á un tono verde,
y al pinar, y á otro monte, y á otro monte,.....
hasta que al fin se pierde
toda noción de tierra,
allá en el horizonte
que una ancha faja de neblina cierra.

Y viendo esa gallarda pincelada,
que á veces como un velo se clarea,
y otras se encrespa levantando airada
torbellinos de un algo que blanquea,
poco á poco mis ojos distraídos
acaban por hallarse sumergidos

en ilusión que á cada punto crece,
la magia evocatoria se produce,
y un rasgo que á otro rasgo se parece
todo un tiempo pasado reproduce.

II

La franja vaporosa, cenicienta,
se me antoja ancha vía pólvorienta,
por donde pasan en visión brumosa
brillantes escuadrones
que ván ó vienen yo no sé á qué cosa,
y renuevan en mí las emociones
de cierta tarde de París—¡qué frío
causa el mirar tan hácia atrás, Dios mío!
—y veo claramente
á un ginete que cae,... mucha gente
que se abalanza, comó yo, en su ayuda,
y, con achaque de aquél pobre herido,
el diablo hizo sin duda
que entre el fajo de manos reunido
para tan bella acción, dos se encontraran,
que estrechando al herido se estrecharan,
y al acabar la escena,
tomando pié de aquella acción bendita,
la dije que era un ángel por bonita,
y ángel dos veces por bonita y buena.

Después, nada: chispazos del *firteo*,
madrigales de punta enrojecida
que encienden las calderas del deseo,
y, entre uno y otro vaso de cerveza,
aquella elegantísima perdida
me llenó de vapores la cabeza,
que duraron... ¡Jesús lo que duraron!
buen alma que esto lees, no te rías,
pues de hogueras así, pocas llegaron,
como la mía á calentar tres días.

III

Confieso sin jactancia,
que apenas queda rastro en mi memoria

de la vulgar historia
de aquellos amoríos sin sustancia;
pero también confieso,
que aun siendo, como fueron, poca cosa,
de pobre realidad y ningún seso,
todavía á través de la distancia
y envueltas en su niebla misteriosa,
me arrancan sonriente bienvenida
cuando los veo aparecer flotantes;
pues si sombra son hoy, fueron instantes
de carne y hueso de mi propia vida;
latidos de un momento,
como tantos que escucha y barre el viento;
borra liviana del tejido humano,
que aquí, sobre la palma de la mano,
con un buen cuenta-fibras de conciencia,
viera aun el más profano
que es la urdimbre común de la existencia.

IV

Largo rato me abismo y forcejeo
por verla tal cual era, y no la veo
sino á modo de mancha sugestiva,
ó esbozo sin dibujo, que revela
con dos brochazos una idea viva.

Su nombre fué Marcela;
y un cierto Apeles de quién fué modelo,
la dijo un día que tenía el pelo
del más clásico rubio veneciano,
llegando, otros, á cantarle á coro,
que aquella encarnación de leche y oro
era un sueño viviente del Tiziano.
Y al contar estas cosas que decían,
sus ojazos azules se le abrían
como arcadas que dán al cielo puro,
y en esto sí que juro
que sus dos ojos á la par mentían;
pues con todo su azul, y el áureo pelo
que en todo el busto derramaba un velo
con aire de candor que pide palma,

Marcela era, por dentro,
un ser que había puesto, en cuerpo y alma,
sobre el asfalto de París su centro.

V

Ni entonces fui cartujo,
ni ahora estoy en regla aunque hice un voto;
mas sabe Dios que si me doy el lujo
de hacer un mal dibujo
con recuerdos de tiempo tan remoto,
es sólo por placer de fantasía;
como hice pompas de jabón un día,
cuando el alma infantil, embelesada,
contemplaba surgiendo de la nada,
del fondo de una gota jabonosa,
un mundo y otro mundo y cien esferas....
que fueron las primeras
lecciones de una ciencia luctuosa:
la ciencia que descubre en cuanto nace
y en esos mundos que el amor dibuja,
la rápida hinchazón de una burbuja
que crece, brilla, asombra... y se deshace.

Así ahora, al recuerdo de Marcela,
no sé por qué será, mas ya me vuelve
el gusto de soplar en la pajuela...
y ver cuál se hincha un mundo y se disuelve.

VI

Un día de los tres de aquella historia
que tan vaga se ofrece á mi memoria,
recuerdo que me dijo
que, aunque no soñaba muchas veces,
siempre bregaba con un sueño fijo.
Y esperando escuchar insensateces,
pues solo de ellas se mostraba ufana
aquella flor de alcoba cortesana,
la dije con empeño
que me contara el persistente sueño,
y ella—no es largo de contar—repuso;
—aunque es un sueño raro,

que despierta recuerdo muy confuso
y en sueños siempre me parece claro.

La cosa, en suma, casi siempre empieza
por sentir mucho fuego en la cabeza,
y á poco siento el fuego
aquí en el pecho y en la espalda; luego,
presa ya de una estraña calentura
que es tormento divino aunque rabioso,
el cuerpo se me pone luminoso,
y sueño con locura,
en medio de hormigueos delirantes,
que en todo el cuerpo la erupción fulgura
de un rico sarpullido de brillantes!

VII

—La vida entonces, para tí, Marcela,
tu sueño lo revela,
no concede al amor ni un mal latido;
pues siendo lo que amamos
aquello que, aún despiertos, más soñamos
en tí sólo ha tenido
los honores del sueño.... el sarpullido;
y es cosa que me aflija
—con inocente compasión la dije,—
ver que un manojito, como tú, de flores
que parecen nadar en la poesía,
se aja, tal vez, sin despedir ni un día
el perfume ideal de los amores.
Las galas y el encanto que ahora tienes
y el placer por quién tu alma se gobierna,
cuentan que, sin amor, son flacos bienes,
y no ha de ser tu juventud eterna.
—Pues ese mal—interrumpió riendo,—
lo tengo ya previsto;—y de un juguete,
sacó un lindo paquete
donde guardaba, con primor cosidas,
un infierno de fórmulas suicidas,
que me entregó diciendo:
—El día en que me canse, y estoy cierta
que no ha de tardar mucho que me canse,

escojo, entre esas mil, la mejor puerta,
y abur ¡y que Marcela en paz descanse!

VIII

Como es el corazón cosa tan buena
cuando el amor su flamear ensaya,
poniéndose más blando que la arena
que dejan las mareas en la playa,
donde abre cualquier niño
minas muy hondas, que á capricho llena,
presintiendo la esgrima del cariño
recuerdo que quedé en mi pensamiento,
como un eco más triste que un lamento,
la horrible confidencia de Marcela,
sobrenadando entre la turbia estela
de aquellos amorios de un momento.

Siempre veía su gentil silueta,
revolviendo el maldito formulario;
y al mirar que escojía una receta,
un frío extraordinario
me entraba de repente
que me perlabo de sudor la frente
y ansioso, entonces, revolvía al paso
todo el caudal de mi saber escaso,
con afán de encontrar la clave humana
de aquella que juzgué esfíngica tebana;
pues no me convencía,
ni me convence hoy día,
—con perdón sea dicho de la ciencia,—
que baste con llamar *monomanía*
á un horror como aquél, que bien podría
ser un hondo problema de conciencia!

IX

Tal vez mis ansias, por mi mal, me llevan
á vuelos de más fuerza que mis alas,
y así no es maravilla que se atrevan
—pidiendo al arte sugestivas galas,—
á emprender seductoras ascensiones,
y locas inmersiones

por senos de negruras tormentosas;
y, entreviendo divinos paisajes,
foreejen mis manos acuciosas
por rasgar la cortina de celages
que oculta tanta luz y tantas cosas!
y el fin y cabo de tan recio anhelo,
si el arte me dá un beso de consuelo
y á veces á mi vista se descubre
algún girón de azul que me cautiva,
¡cuántas otras, en cambio, sigue arriba
la gran cortina que mis cielos cubre!

X

Por eso al sojuzgarme aquel arcano
á cuyo fondo con terror me asomo,
quiero hablar lo que siento, y no sé cómo,
y la pluma fébril tiembla en mi mano.

Vislumbro oscuridades
cruzadas por tulgores de batalla,
y oigo en un alma, cuando todo calla,
la voz del Sinaí de las verdades.

Callada y sutilmente, sin ruido,
se alza un pasado, para el bien perdido;
y algo vago, sin forma definida,
murmura en el oído

que no merece flores una vida
corruptora después de corrompida.

El diós del corazón, queda sin culto;
tan sólo hay luz, donde el placer la enciende;
pero allá, muy adentro y muy oculto,
donde nadie lo vé, dormita un duende
que vá poniendo hiel en cada beso,
tedio en las noches del placer sin calma,
hartura sin placer en cada esceso,
y unos grandes hastíos en el alma.

Y todos esos tedios y vapores
y amarguras, relámpagos y hedores,
y voces del pasado y del presente,
se tornan poco á poco, acusadoras,
que acusan poco á poco, mansamente;

y cuando, al cabo, el suicidio brota
de ese clamor que en torno al alma flota,
parece que es que el alma del suicida,
al peso del delito de su vida,
oye un fallo espantoso en la conciencia:
y el rayo en que fulgura,
no es entonces un acto de locura,
sino acto de razón: una sentencia.

XI

Más todo ya pasó. La piedrezuela
que el lago hizo vibrar, yace en su fondo;
sepulcro menos hondo
que aquél que, para mí, guarda á Marcela,
cuya visión parece
que, con niebla amasada, niebla ha sido,
y así desaparece
con el soplo fugaz que la ha traído.

Serena ya la mente
de aquel turbio vapor de calentura,
vuelve el lago del alma á su tersura,
y cobra nuevamente
su dulce imperio otra mayor belleza,
que flota en el raudal de poesía
con que despide al día
la tibia noche que á extenderse empieza.

El aura vespertina
va prendiendo cendales de neblina
sobre todas las cosas de la tierra,
con la amorosa mano
de aquél portento del cariño humano
que envuelve al hijo y sus ojuelos cierra.
Y aún vibran en el aire ensombrecido,
acá una esquila, más allá un ladrido,
y ecos de pasos de ignoradas huellas
y rumores de vida indeseifrables,
cuando encienden sus luces inefables
en el cielo infinito las estrellas.